

## PRIMERA PARTE

*Todo es seguro en la vida, el bien, el mal, Dios, la muerte, el tiempo y lo demás, salvo la Verdad. Pero ¿qué es la Verdad? Aquello de lo que, de saberse, no se duda, de lo que no dudaríamos en absoluto. Hum... ¿Será pues algo que se cumple en nosotros a la vez que nos cumple? ¿Será en tal caso más poderosa que Dios, que la muerte, el bien, el mal, el tiempo y todo lo demás?... ¿Y seguirá siendo la Verdad tras convertirse en certidumbre? ¿No se convertirá en mito, en un indescifrable mensaje, en el recuerdo de algo ocurrido en alguna vida anterior, en una voz del más allá?*

*De todo esto vamos a hablar aquí, es nuestra historia, la conocemos sin conocerla.*



Lo oí como si fuera una llamada del más allá: «Ve, regresa a la Rue Darwin».

Se me puso el vello de punta.

Jamás de los jamases se me habría ocurrido pensar que regresaría alguna vez a esa pobre calleja donde pasé mi infancia. No había motivo para ello: aquella parte de mi vida había transcurrido en otro mundo, y ese mundo ha desaparecido junto con sus recuerdos.

Me encontraba en París con mis hermanos y hermanas, atendiendo a nuestra anciana madre en el hospital de la Pitié-Salpêtrière. Le quedaba poco. El doctor nos dijo: «Quedaos junto a ella, creo que es el final», y se retiró. Nos acercamos a la cama despacio y titubeantes, algo temerosos y avergonzados de estarlo, y así permanecemos, de pie, inmóviles, cada cual farfullando para sus adentros palabrejas y oraciones inin-

teligibles. De repente algo se rompió dentro de mí y me sentí enormemente angustiado.

Luego me invadió una gran serenidad, el corazón me bullía. Mamá parecía estar durmiendo, respiraba con regularidad, tranquilamente, como de costumbre. Se la veía guapa y turbadora en su infinita y misteriosa ausencia. Tuve ganas de tumbarme a su lado y de irme con ella.

Fue al inclinarme para besarla cuando una voz resonó como un eco dentro de mi cabeza: «Ve, regresa a la Rue Darwin». Me incorporé de inmediato, convencido de que mis hermanos y hermanas lo habían oído como yo. Seguían sumidos en su pesar, aislados del mundo y sus ruidos. Su pena los embellecía y su dignidad era enternecedora.

Creo que sonreí, una mueca y un carraspeo nervioso, pero no estoy seguro.

La enfermera me miró con extrañeza. Dios santo, ¿qué pensaría de mí?

Luego llegó el momento de separarnos. Mamá había muerto, su viejo y menudo cuerpo permanecía en la morgue mientras se iniciaban los sinuosos meandros de las formalidades administrativas para su repatriación.

Hubo un momento de indecisión. Todo resultaba impreciso, glauco, inquietante. Apenas hablábamos entre nosotros, parecíamos unos siniestrados alelados dando vueltas al desastre que acaba de destrozarnos sus vidas. Cada cual deambuló a su aire, las chicas se recogieron aquí, allá, en el salón, en

sus habitaciones, en un rincón del jardín, los chicos se enclaustraron en su mutismo, ante la tele, tras un libro abierto al azar o en un vaso de whisky. Preferimos quedarnos a solas con la muerte, uno se avergüenza de sí mismo y de la pobreza de la vida. Yo me agoté caminando sin rumbo por calles que me parecían extrañamente vacías.

*Algo resonaba dentro de mí, muy dentro. Un viejo recuerdo de una época lejana, de otro mundo. Había llegado la hora de la cita.*

Una vez cumplimentadas las gestiones administrativas, nos recogimos alrededor de un féretro sellado ante la atenta mirada de dos empleados de la funeraria y de un agente de aduanas. Busqué la mirada de mis hermanos y hermanas, como para ponernos de acuerdo, y solté esta sencilla frase a modo de oración común: «Adiós, mamá». La presencia del aduanero era redhibitoria, rezar delante de él era como hacer una solicitud ante una ventanilla. Estaba demasiado emocionado, me arriesgaba a ofrecer un lamentable espectáculo y, de paso, a emocionar a ese digno funcionario que actuaba en nombre del Estado para impedir vaya uno a saber qué ocultamiento.

Volvieron a sellar el féretro, firmamos papeles y más papeles, y el vehículo fúnebre puso rumbo al aeropuerto.

Todo había acabado.

Cada cual volvió a lo suyo, Karim regresó a Marsella, Souad a San Francisco y Mounia a Montreal... o a Ottawa; no acabé de enterarme si vivía allí y estaba a punto de mudar-

se allá, o viceversa: hablaba demasiado rápido, saltaba de un tema a otro y abusaba de los anglicismos. Al lado de Karim y su sólido acento marsellés, de Souad y su muy californiana eficacia, la pobre Mounia no daba la talla con su cháchara y su acento quebequés. Nazim estaba en su casa, era un parisino de pies a cabeza, casi de pura cepa, un conocido empresario, cargado de títulos y de galones que llevaba sin demasiada afectación. Estábamos orgullosos de él, y algo envidiosos de un éxito que no sospechábamos, ya con cuarenta años era cotizado en el CAC 40, el índice bursátil francés de referencia. Es otro mundo, una galaxia inalcanzable. Nos acogió a cuerpo de rey en su hermosa y amplia casa del número 17 de la Rue Vieille-du-Temple, en el barrio del Marais, en pleno centro histórico de París.

Cuando llegó y entró en esa morada palaciega, la bella y elegante Mounia exclamó: «¡Pero si esto parece la misteriosa casa del Estilo!». Así recobró cierto aplomo, pues aquel reencuentro nos tenía muy intimidados, y en aquella luctuosa circunstancia, una derrota para todos nosotros, tan cambiados, tan distintos de lo que habíamos imaginado después de tantos años de separación y de silencio.

Más tarde, durante la cena, nos explicó, como para justificarse, que nuestra llegada a este lugar desde los confines del mundo le había recordado una famosa novela de Agatha Christie. Habló de atmósfera y de asociaciones de ideas. Añadió sonriendo con tristeza: «Ahora que estamos todos aquí el drama puede empezar». El ambiente se enfrió por un instante. Mounia era a todas luces una patosa. No recordaba si ya lo

era de niña, en Argelia, por lo que concluí que se había vuelto así después, en América, donde parece que la gente no se corta a la hora de decir lo que piensa. Souad la miró por encima de sus gafitas de entomóloga y le dijo con tono profesoral: «Te recuerdo que mamá está en coma en el hospital».

Y yo regresé a Argel con los restos mortales de nuestra madre. Me dolió mucho saberla metida en una caja de plástico sellada y llena de pegatinas: «Arriba», «Abajo», apilada como una maleta en alguna parte bajo nuestros pies, en las entrañas del avión. Me avergonzaba de mí mismo y de lo que la vida nos obliga a hacer.

Ocho días antes la tenía a mi lado, sonriente aunque asustada. Íbamos a París sin demasiadas esperanzas, ya que su cáncer estaba en fase terminal, pero seguros de arrancarle a la vida unos meses de plazo. Había otro motivo, el verdadero y apremiante, por no decir vital, esencial para mí: quería que tuviera una muerte digna y decente. Quería que tuviera por fin reunidos a todos sus hijos y verla rodeada de amor y de sonrisas. Quería tenerle cogida la mano hasta el final en un espacio acolchado, en una habitación con buena luz que oliera a yodo fresco y a lejía con fragancia a lavanda, a manzana verde o a bosque; quería que se apagara a su ritmo y, a ser posible, sonriendo. En Argelia, las cosas son lo que son, brutales e incomprensibles; aquí la gente muere como en el Medioevo, en medio del espanto y del bullicio de la miseria. Quería ahorrárselo, ya habíamos padecido bastante, estábamos apocados, estupefactos, baldados de dolor, olíamos mal, no nos quedaba un ápice de dignidad en la piel, sólo llagas y chichones, estábamos sin blanca y desgastados por-

que no éramos sino moribundos inoportunos e insolventes, y eso sólo era el principio de la pesadilla.

No dejaba de pensar que por delante nos esperaban el grumoso y apestoso camastro de algún hospital siniestro, la tortura diaria, los agravios, el robo de nuestras modestas pertenencias, la infecta pitanza, el electuario caducado y el agua salobre, los dolores punzantes, incesantes, las esperas salvajes en lugares imposibles, expuestos a todas las corrientes de aire, sótanos laberínticos y anexos lejanos, hasta la estocada final entre estertores tras una noche de agonía en el gélido silencio de una madrugada gris, ello sin hablar de la desastrada morgue, pringosa de sangre coagulada, y, siempre, por doquier, un desorden radical, inhumano, multitudes zanganeando o atropellándose para que las atiendan prioritariamente, ociosos, todo un gentío extraviado, vendedores sin licencia, enfermos exhaustos; y, para colmo, surgidos de la nada, nuevos ricos y adláteres, gente expeditiva y corta de luces, identificable a primera vista; da grima verlos tan soberanamente diligentes, hienden la multitud con la punta de los dedos, saben adónde van tan decididamente y a qué puerta tienen que llamar, amos absolutos de la quincalla que completa su interesante personaje: gafas Ray-Ban coronando su voluntariosa frente, joyas de todo tipo, bolígrafos estilizados, llaveros de todoterrreno con mando a distancia, mechero y led incorporados que manosean como si fuera un rosario, mariconera multi-bolsillo en bandolera o riñonera al cinto en la que se adivinan tesoros de electrónica desechable y demás rarezas; y, lo más puntero, la niña bonita de la publicidad: el móvil de pantalla



digital. Sólo productos chinos, faltaba más; éste, concretamente, acogido aquí con todos los honores.

Quería librarme de todo aquello como fuera. Y es que teníamos la extraordinaria posibilidad de ir a morir a otra parte, algo que no está al alcance de cualquiera. En cuanto al papeleo y a permisos, hice lo que pude desde Argel y Nazim se encargó de lo demás, lo más importante: la hospitalización en la Salpêtrière, la cobertura de gastos, las recomendaciones necesarias y el billete de avión en primera clase. Teníamos cita con el profesor más eminente del hospital.

Ya casi nos sentíamos más tranquilos.

Durante el vuelo, le tenía cogida la mano mientras le contaba lo mucho que la íbamos a cuidar en París. Le decía que gracias a su duendecillo Nazim, que alternaba hasta con el presidente de la República Francesa, sólo teníamos que pedir un milagro para que se produjera. «Aquí, mamá, todo es cuestión de técnica», le decía. Ella sonreía asintiendo con la cabeza, impaciente por llegar; pensaba en sus hijos, a los que pronto tendría a su alrededor, venidos de todas partes del mundo. Le había prometido que también estaría allí el benjamín, su querido Hédi. La mirada se le oscureció por un momento antes de sonreír, deseosa de creermelo capaz de ello.

Dios todopoderoso, si eres capaz de hacer un milagro, ¿por qué no ése también?

Al llegar a Orly, comprobé con espanto, alelado, que estaba en coma. Durante el vuelo, se había dormido ante mí, meci-

da por el zumbido de los motores. Me sentía miserable, imperdonable, yo mismo la había animado al decirle: «Intenta dormir un poco, mamá, inténtalo». Tenía dolores, apretaba los dientes, luego se relajó y puso su cabeza sobre mi hombro. Le arreglé el velo, bajé la cortina de la ventanilla y le sostuve el brazo hasta que el avión aterrizó. Sin duda notaba los temblores de su mano dentro de la mía, así como su habitual respiración, regular y tranquila. Pasó sin transición del sueño al coma, manteniéndose fiel a sí misma, discreta y valiente hasta el final.

Siete días después, pasó del coma a la muerte sin importunar a nadie.

No vio a sus hijos.

No los había vuelto a ver juntos desde la época de la Rue Darwin.

*¿Por qué ha tenido que ser así, Dios mío?*

Al igual que en la canción, *ya están aquí, llegaron ya, a la llamada del amor, está muriendo la Mamma*, salvo ese maldito Hédi a quien no sabíamos dónde localizar para darle la noticia. ¿Pero habría venido? Su vida no le pertenecía, la había entregado a la yihad y a la locura. Ese niño era mi dolor y mi vergüenza. Lo será siempre.

Entre los seis, con Hédi ejerciendo de talibán en las montañas de Waziristán, nuestra familia se extendía por cuatro continentes: África, Europa, América y Asia. Los hijos de unos y otros seguían nuestros pasos y los del resto del mundo, aportando su parte de felicidad y de desdicha a esa vasta y perpetua expansión estelar inherente a la vida. Dicho con pocas palabras: éramos la viva expresión de la globalización. No

resultaba fácil reunirnos. De hecho, es algo que nunca ocurrió desde nuestra dispersión durante los años de plomo del socialismo que remataron los años de hierro y de sangre de la guerra civil. A lo largo de todo aquel tiempo, y por todo tipo de razones, tan válidas unas como otras, el contacto físico jamás pudo restablecerse. Al principio hicimos lo que pudimos mediante el carteo y las llamadas telefónicas, y más adelante con el correo electrónico, más cómodo y barato. Siempre he tenido que insistir, cuando no suplicarles, para que me den noticias suyas. Es algo que me costaba admitir que le hicieran a su madre, aunque entendiera que les costaba concedernos más tiempo, teniendo su vida hecha en su nuevo mundo, con su cotidianidad plagada de urgencias, de prioridades, de preocupaciones, de heridas y de necesidades expansivas.

Cuando le contestaba con una negativa, mamá me preguntaba frunciendo el ceño: «¿Estás seguro de que te funciona el ordenador?». Yo, asumiendo sus temores, verificaba delante de ella las conexiones, la configuración, comprobaba el antivirus McAfee+ y hasta hacía una limpieza del disco duro. Llevaba a cabo las actualizaciones, las recomendadas y las facultativas, y las demás ampliaciones rutinarias de distinta índole. Para ella era cosa de magia, un despiadado exorcismo, y el hecho de verme manipular con tanta destreza aquel misterioso teclado y esos magníficos CD de fluorescente brillo la tranquilizaba, la halagaba como madre y, a la postre, hacía que se durmiera.

Pero el aparato permanecía mudo. Cada vez más prolongadamente. Entonces mamá volvía a la carga. Y, en espera de

noticias de los nuestros, la entretenía como podía, le explicaba el mundo, las grandes teorías y la despiadada actualidad, hora a hora, como una auténtica cadena informativa sin interrupción: la crisis económica, el terrorismo, la pérdida de identidad, los fenómenos de masas, los problemas de todo tipo que asaltan, desorientan, agobian y entontecen, obligando a cada cual a vivir en estado de urgencia. «Todo se arreglará, mamá, todo se arreglará pronto», le decía cuando la veía palidecer, encogerse y soltar prolongados suspiros con la mirada fija, como si estuviese buscando un agujero en la pared por el que desaparecer. El inmenso e irrevocable absurdo del mundo la tenía anonadada. La quería tanto cuando tenía ese aspecto de pajarrillo despeluznado y trémulo, hipnotizado por la malvada boa.

Pero no siempre estábamos tristes, inquietos y serios, lamentándonos o filosofando en vacío. También le hablaba de cosas bonitas, de un futuro mejor, todo eso existe, y volverá. Y después de reír, de mofarnos ferozmente de alguna genticilla conocida y de otros temas no menos sublimes omnipresentes en la tele, pagados con nuestros impuestos, regresaba la tristeza, más honda y silenciosa, y más amarga, como para castigarnos por habernos relajado durante un rato. En realidad, no estábamos ni tristes ni despreocupados, sólo habíamos llegado al final del camino y no veíamos qué más podíamos hacer.

Le hacía compañía y no siempre me salía bien. Entonces hablaba demasiado porque necesitaba oírme a mí mismo. Y saber qué era de mí.

Había perdido la esperanza de volver a ver a sus hijos. Su mayor sueño era disponer de un día, de una hora para

reunirse con toda su chiquillería y, a ser posible, con la chiquillería de su chiquillería, que imaginaba incontable y alborotadora, como son todos los querubines: se dan pisotones, se arrugan las alas, zumban sin parar, lloran por juego. Era una imagen piadosa y de lo más arcaica, tanto como el origen del mundo, a la que profesaba un fervor permanente. Cuando ahondaba de ese modo en su memoria en nuestra busca hasta conseguir, a la vuelta de un recuerdo, reunirnos a todos en ella, tan guapos y alegres, parecía una niña maravillada por sus sueños.

Cuanto más le brillaban los ojos, más me dolía.

Ella sólo había viajado una vez a París, para la boda de Nazim. Fue todo un acontecimiento, Nazim celebraba a la vez sus primeros mil millones de francos y su entronización en la alta sociedad internacional y mundana. Karim y Souad acudieron desde Marsella y San Francisco, pero no Mounia, que por entonces vivía al lado, en Italia, el país del amor y de la canción, en Nápoles, con un napolitano, para decirlo todo, pescado allí mismo; ni yo, retenido en Argel por compromisos profesionales que habría podido sortear, ni el pequeño Hédi, que tenía diez años y debía ir al colegio.

En cuanto a regresar a Argelia, a nadie se le habría ocurrido, pese a ser la cuna de todos nosotros. Mis hermanos y hermanas se habían ido del país, como tantos antes y después de ellos, en masa durante la guerra civil, en medio del espanto y del hervidero de la miseria, y no se les pasó por la mente re-

gresar. Tampoco lo deseábamos nosotros, temíamos carearnos con ellos en nuestro tan pobretón entorno, que no nos reconocieran, que se avergonzaran de nosotros y sufrieran al vernos en esta situación, desfasados, incultos, desesperantes de impotencia y fatalismo. ¿Dónde leería yo que «la pobreza deja huella en quien convive con los pobres»? No queríamos vernos tal como nos reflejábamos en sus miradas turbadas y esquivas. Desde entonces, París ha sido para todos nosotros el punto de encuentro natural de la familia. «Hasta pronto, quizás en París», nos decíamos por correo electrónico. Era una fórmula tan socorrida como «el año que viene en Jerusalén» que acompaña con toda naturalidad el saludo de los judíos, estén en el lugar del mundo en que estén. ¡Hosanna, hermanos, Hosanna! Mientras quede en la tierra un lugar donde podamos reunirnos, la vida seguirá siendo bella, y la esperanza, una tentación justificada.

Lo que la vida no consiguió, o sea, juntarnos, lo hizo de pronto la muerte. Les dije en mi correo: «Mamá se está muriendo. No tardéis».

Nos reunimos en París, extraños los unos para los otros, alrededor de un féretro y de una memoria despedazada.

*¿Se nos habrá acabado la fidelidad?*

*¡Dios mío... Dios mío!*

Algo se había quebrado entre nosotros, algo que en realidad había desaparecido desde tiempo atrás, sólo que tardé en verlo y en admitirlo. Con mamá se apagaba ese sentimiento

tan anclado en mí y que siempre me ha hecho pronunciar con emoción y hasta trascendencia esas palabras: mis hermanos, mis hermanas, mi familia. Era el mayor y lo tenía asumido. A veces ese sentimiento me pesaba y me decía que yo también tenía una vida, mi vida, y que podía dedicarme a ella por entero, egoístamente, sin tener que avergonzarme por ello. Llevábamos tiempo dispersos por el mundo, nuestros lazos habían tenido tiempo de distenderse, de romperse sin que me percatara de ello. Vivía una ilusión, otra historia, y puede que estuviera ateniéndome a la ley de la especie. En definitiva, creo que me limité a ayudar a mamá a cargar con el inmenso amor que sentía por sus hijos. En algún momento ese peso debió de aplastarla. Entonces quise a mis hermanos y hermanas con un amor esclavo, tan fuerte que se me olvidó vivir.

Si, tal como creía mamá con toda naturalidad, el amor es una protección, entonces hemos levantado una infranqueable muralla en torno a ellos y hasta puede que los hayamos colocado accidentalmente en el lado opuesto. Me preguntaba si era posible el amor a distancia. ¿Tiene sentido amar allende las fronteras, los océanos, los reflejos, los espejismos, los sueños, las mentiras, los mundos sumergidos, olvidados? ¿Quién puede contestar a eso?

También me decía que era señal de que la soledad me pesaba.

*O que otra señal se había disparado en mi cabeza... Una cita fijada mucho tiempo atrás.*

Les ocultamos su enfermedad porque no quería tenerlos preocupados. Les decía que estaba cansada, que languidecía, que anhelaba tener noticias de ellos y esperaba no tardar en verlos. Había algo de subliminal en la forma, me lo reprochaba para mis adentros pero quería que fuera así, imperturbable y tranquilizadora, también insinuada, cuando no apremiante, para que aguzaran el oído, se emocionaran, se vieran impelidos a comprobarlo por sí mismos. Mis argucias funcionaban a veces, escribían más a menudo, expresaban su cariño y su ternura, prometían venir. Mamá mejoraba de inmediato.

Y yo podía recobrar algo las fuerzas.